

## EL INDIGENISMO EN UN MUNDO ANCHO Y AJENO. ANIVERSARIO DE CIRO ALEGRÍA (1909-1967)

*Andrés Echevarría*

En el 2017 se conmemora el cincuentenario del fallecimiento del escritor peruano Ciro Alegría, por lo cual, entre otras actividades en su país, la Academia Peruana de la Lengua organizó los días 5, 6 y 7 de abril, el Congreso Internacional *Un mundo ancho pero ajeno: 50 años de la desaparición de Ciro Alegría*. Investigadores de diversas instituciones nacionales e internacionales compartieron sus ponencias durante las tres jornadas en un espacio comfortable y adecuado del Centro Cultural de la Pontificia Universidad Católica. Los detalles organizativos estuvieron a cargo de Gladys Flores Heredia, y Ricardo Silva-Santisteban, como presidente de la Academia Peruana, dio la bienvenida en la inauguración que contó también con la presencia de Dora Varona, viuda del escritor homenajeado y de su hijo Ciro Alegría Varona.

A quien suscribe este artículo le tocó el honor de dictar la conferencia inaugural con un trabajo que pretendió demostrar la necesidad que existía en el continente, previo a Alegría, de una voz mestiza e involucrada con temáticas regionales, el título fue “La identidad de un continente en Ciro Alegría”. La conferencia de cierre estuvo a cargo de César Ferreira, procedente de la University of Wisconsin-Milwaukee, y tuvo como título “La aventura creadora de Ciro Alegría: notas a *La serpiente de oro*”.

Ciro Alegría Bazán nació en Sartimbamba, departamento de La Libertad, el 4 de noviembre de 1909 y falleció en Chaclacayo el 17 de febrero de 1967. La realidad del norte peruano fue fundamental en su escritura: el indigenismo y el mestizaje aprehendido desde adentro del paisaje natal. El haber nacido en una familia de terratenientes no obstaculizó una atención a la situación de los trabajadores de la sierra andina, como expresará en gran parte de su obra. La vocación periodística de su padre y otras circunstancias contextuales podrían explicar el elevar la visión hacia una búsqueda altruista y política. Las historias de los paisajes serranos fueron parte de la infancia y la llegada a Trujillo lo puso frente a César Vallejo —en el

colegio San Juan y aún niño—, quien haría el ejercicio literario de desplazar la simbología europea por elementos tangibles de su Perú. Como en un ritual iniciático, la condición de maestro del santiaguino sería parte del devenir en ese despertar trujillano.

En *El César Vallejo que yo conocí*, Alegría relata el encuentro:

Me fue difícil conciliar el sueño en medio de la inquietud que se apodera de un niño que irá a la escuela por primera vez y pensando en mi profesor, que según decían era poeta y a quien el severo anciano había llamado loco cuando no idiota.

Mi compañero de viaje, que era también estudiante del mismo colegio, me llevó hasta el local.

—Por aquí no entran ustedes, —me dijo al llegar a una gran puerta sobre la cual se leía la inscripción DIOS Y LA PATRIA— esta puerta es para nosotros los de la sección media. Vamos por allá...

Caminamos hasta la esquina y, volteando, se abrió a media cuadra la puerta que usaban los profesores y alumnos de la sección primaria. Nos detuvimos de pronto y mi tío presentóme a quien debía ser mi profesor. Junto a la puerta estaba parado César Vallejo. Magro, cetrino, casi hierático, me pareció un árbol deshojado. Su traje era oscuro como su piel oscura. Por primera vez vi el intenso brillo de sus ojos cuando se inclinó a preguntarme, con una tierna atención, mi nombre (1973, p.178).

Ese temprano y emblemático encuentro sería el inicio de una sucesión de circunstancias que tallarían desde niño su personalidad. En el nuevo hogar una tía lo estimulaba con lecturas en medio de una ciudad de Trujillo que era y sería centro de debates y de génesis intelectual y política —el grupo de la *bohemia trujillana* reunía en aquellos años a Víctor Raúl Haya de la Torre, César Vallejo y Antenor Orrego, entre otros—. La malaria contraída lo contacta también biográficamente con Vallejo, si consideramos que el autor de *Los heraldos negros* también enfermó durante su infancia y cargó con secuelas durante el resto de su vida. Por aquellos años de aprendizaje conoció además al pintor José Sabogal, que no solo reflejaba el indigenismo en su obra pictórica, sino que tenía en su teoría ensayística los conceptos que buscaban reflejar una identidad regional.

El acontecer vital de Ciro Alegría estará cargado de aventuras desde la juventud. Luego del fallecimiento de su madre, vendrá una

fallida incursión en Lima, el compromiso con la literatura que comenzó a practicar muy temprano, el periodismo y la pasión por lo social y político. Todo comulgó y confluyó en una personalidad entusiasta y protagonista de su tiempo. El ya constituido Grupo Norte –anteriormente llamado *bohemia trujillana*– lo verá participar en sus reuniones mientras se adhiere al APRA y a los fundamentos americanistas de Haya de la Torre a fines de los años veinte. La revolución aprista de 1932 le hace conocer en carne propia las consecuencias de la derrota en este brutal episodio bélico, así como los padecimientos de la cárcel, primero en Trujillo y luego en Lima.

La experiencia de la prisión en Lima inspirará años después la publicación de *El dilema de Krause*, donde cuenta las vicisitudes de aquel tiempo. Sobre este libro fue la ponencia de Iván Rodríguez Chávez de la Universidad Ricardo Palma, titulada “El derecho constitucional y la democracia en *El dilema de Krause*”, con un certero análisis de los valores éticos contenidos en el libro. También sobre este texto se explayó Miguel Ángel Barreto Quiche. Los cuentos de Alegría ocuparon una porción importante del congreso, con trabajos destacados como los de Macedonio Villafán Broncano –“Viaje hacia la utopía de la interculturalidad en *La ofrenda de piedra* de Ciro Alegría”– y el de Flores Heredia titulado “Racionalidades en conflicto: el saber indígena y el saber occidental en *La ofrenda de piedra* de Ciro Alegría”, ambos atendiendo el mismo relato.

Junto a su primer matrimonio con Rosalía Amézquita, vivirá el exilio en Chile, donde obtiene un premio literario y publica *La serpiente de oro* (1935) en la editorial Nascimento. Esta novela presenta su prosa madura y vincula al autor de forma indisoluble al indigenismo con una historia en los contextos paisajísticos que le eran tan afines desde su infancia y evocaba con nostalgia. En el libro los balseros del río Marañón no son solo parte de una postal, sino que están también inmersos en la conflictiva convivencia con los poderes y las ambiciones de los que lucran en estos territorios, constituyendo una novela de impronta comprometida con su tiempo. “El río también es bravo. De tanto guapiar morimos a veces. Pero no le juimos, porque semos hombres y tenemos que vivir comues la vida” (1974, p. 90). La narrativa incluye el habla regional y describe, tanto la sierra como la costa, con un realismo pictórico donde cualquier adjetivo es sustituido por una visión que transporta al lector a esos lugares. El mestizaje forma parte de lo anecdótico, de lo lingüístico

y de lo descriptivo con la fluidez de quien ha vivido y siente lo que narra. Es notable cómo lo sincrético no abandona la percepción sensible y no cae en obviedades discursivas permitiendo que fluya el mensaje final del autor desde la empatía lograda en lo detallado.

Luego de una embolia cerebral que sufriera en aquellos años posteriores a *La serpiente de oro*, Ciro Alegría asoma con la enorme capacidad de superar los obstáculos que le ponía el destino. En la recuperación de un lenguaje mermado por el padecimiento, es que nace su segunda novela. La anécdota cuenta que escuchaba ladrar a unos perros durante la convalecencia, y esto le traía recuerdos que generaron la escritura de *Los perros hambrientos* (1939). Comienza así:

El ladrido monótono y largo, agudo hasta ser taladrante, triste como un lamento, azotaba el vellón albo de las ovejas conduciendo la manada. Esta, marchando a trote corto, trisca que trisca el ichu duro, moteaba de blanco la rijosidad gris de la cordillera andina.

Era una gran manada, puesto que se componía de cien pares, sin contar los corderos. Porque ha de saberse que tanto la Antuca, la pastora, como sus taitas y hermanos, contaban por pares.

Su aritmética ascendía hasta ciento, para volver de allí al principio. Y así habrían dicho “cincoscientos” o “setecientos” o “novecientos”; pero, en realidad, jamás necesitaban hablar de cantidades tan fabulosas. Todavía, para simplificar aún más el asunto, iban en su auxilio los pares, enraizados en la contabilidad indígena con las inertes raíces de la costumbre. Y después de todo, ¿para qué embrollar? Contar es faena de atesoradores, y un pueblo que desconoció la moneda y se atuvo solamente a la simplicidad del trueque, es lógico que no engendre descendientes de muchos números. Pero estas, evidentemente, son otras cosas.

Hablábamos de un rebaño.

La Antuca y los suyos estaban contentos de poseer tanta oveja. También los perros pastores. El tono triste de su ladrido no era más que eso, pues ellos saltaban y corrían alegremente, orientando la marcha de la manada por donde quería la pastora, quien, hilando el copo de lana sujeto a la rueca, iba por detrás en silencio o entonando una canción, si es que no daba órdenes. Los perros la entendían por señas, y acaso también por las breves palabras con que les mandaba ir de un lado para otro (2005, p. 53).

Otra vez los adjetivos son sustituidos por la descripción de un entorno que conduce al lector y lleva, por contraste, al drama. Ciro Alegría siempre hace convincente su historia y propuesta, diría Mario Benedetti. La avaricia de un hacendado sin escrúpulos, la sequía y la hambruna que separa a los perros de la voluntad de sus dueños, así como el recurso de la solidaridad, construyen la metáfora que expresa el discurso del escritor. Nada es explícito, pero el lector se encuentra frente al laberinto de la condición humana con sus alturas y sus profundas miserias. Desde el regionalismo y el lenguaje que incluye terminología mestiza o directamente ancestral, el indigenismo se expresa en la obra de Ciro Alegría.

La selección de *El mundo es ancho y ajeno* en Chile y luego el premio otorgado en 1941 en el Concurso Latinoamericano de Novela convocado por la editorial Farrar & Rinehart de Estados Unidos, con el posterior éxito tras su publicación, propiciarán la definitiva y gran consagración de Ciro Alegría con una obra esencial para la literatura latinoamericana. Fiel a sus paisajes andinos de la sierra peruana, el autor lleva al mundo los dramas de la entrañable condición del ser humano en una primitiva conjunción de naturaleza y convivencia, contrapuesta otra vez a la avaricia y corrupción.

Desde donde se encontraba en ese momento, podía ver el caserío, sede modesta y fuerte de la comunidad de Rumi, dueña de muchas tierras y ganados. El camino bajaba para entrar, al fondo de una hoyada, entre dos hileras de pequeñas casas que formaban lo que pomposamente se llamaba Calle Real. En la mitad, la calle se abría por uno de sus lados, dando acceso a lo que, también pomposamente, se llamaba Plaza. Al fondo del cuadrilátero sombreado por uno que otro árbol, se alzaba una recia capilla. Las casitas, de techos rojos de tejas o grises de paja, con paredes amarillas o violetas o cárdenas, según el matiz de la tierra que las enlucía, daban por su parte interior, a particulares sementeras —habas, arvejas, hortalizas—, bordeadas de árboles frondosos, tunas jugosas y pencas azules. Era hermoso de ver el cromo jocundo del caserío y era más hermoso vivir en él.

¿Sabe algo la civilización? Ella, desde luego, puede afirmar o negar la excelencia de esa vida. Los seres que se habían dado a la tarea de existir allí, entendían, desde hacía siglos, que la felicidad nace de la justicia y que la justicia nace del bien de todos. Así lo había establecido el tiempo, la fuerza de la tradición, la voluntad de los hombres y el seguro don de la tierra. Los comuneros de Rumi estaban contentos de su vida (1973, p. 28).

Los perfectos trazos que incluían el afecto y la descripción de su tierra natal, las complejas problemáticas del ser humano enfrentado –en definitiva– a la naturaleza que podía brindarle armonía si se despojaba de la ambición y apostaba a la convivencia, así como el rico lenguaje mestizo que aprendió de niño, eran ofrecidos a los lectores de diversos países y las fronteras se borraban para instalar a Ciro Alegría como uno de los escritores más importantes de su época.

Sobre *El mundo es ancho y ajeno*, se presentaron tres ponencias en el congreso realizado en Lima. Nécker Salazar Mejía tituló la suya “La memoria andina y amazónica” aludiendo a los conflictos históricos de la región y el reflejo en el libro de Alegría; Carlos Ramos Núñez con “La justicia en *El mundo es ancho y ajeno*” desarrolló lo relacionado a la injusticia denunciada por el autor, y Alberto Varillas Montenegro se centró en el personaje Fiero Vásquez –“El Fiero Vásquez, ¿recurso literario de Ciro Alegría?”–, haciendo un exhaustivo análisis de su aspecto físico y psicológico.

La narrativa de Alegría nace del conocimiento de la situación de los peones e indígenas en las haciendas familiares y podemos percibir la experiencia directa donde la dicotomía entre las clases sociales ocasiona conflictos. El afecto por los campesinos desprotegidos asoma en las páginas a través de la descripción de costumbres y paisajes locales, siempre con un lenguaje que reafirma la autenticidad y sin concesiones a la hora de atender una supuesta incompreensión por parte de lectores de otros países. El sentimiento de humillación, discriminación y confrontación de clases puede ser común a distintas y lejanas zonas del planeta, pero al particularizar y acentuar los detalles de un sitio preciso, la emoción se incrementa ya que deja de tener un carácter general y podemos ver de cerca la situación con el impacto dramático que esto provoca. Ya no es una mirada colonialista –como había acontecido con alguna literatura anterior– y el vocabulario tiene una importancia vital ya que logra alejarse de cualquier artificialidad invitando al realismo. El paisaje y los actores conforman un gran plano que armoniza entre lo entrañable y lo palpable, y al mismo tiempo nos acercamos a gestos individuales que exaltan los dramas de la convivencia humana.

En el prólogo escrito por el propio autor para la décima edición de *El mundo es ancho y ajeno*, fechado el 4 de noviembre de 1948 en

Nueva York, nos cuenta el momento en el cual surgió la idea de su emblemática novela:

Allá en el año 1938, residiendo en Chile, escribía mi novela *Los perros hambrientos* y estaba por titular uno de los capítulos “El mundo es ancho y ajeno”, cuando se me ocurrió que había una nueva novela allí. En ese momento me azotó una intensa ráfaga de ideas y recuerdos. Si no con todos los detalles y su completa estructura, panorámicamente vi el libro casi tal como está hoy. Cada escritor tiene sus propias exigencias espirituales y una de las mías es encontrar el título adecuado. Es una suerte de punto de referencia o lugar de encuentro. Los años que siguieron me habían de servir para volver con el pensamiento sobre aquel hito y acumular material en torno. Cuando los amigos me hacían la consabida pregunta de si tenía un nuevo libro listo, yo les respondía: “Tengo; lo único que me falta es escribirlo”. Les parecía un chiste y no lo era” (1973, p. 15).

Aquí podemos anotar la continuidad en la obra, donde está presente el paisaje humano del campesinado con el enfrentamiento entre clases sociales y una clara visión de denuncia. Ese hipotético capítulo de *Los perros hambrientos* había disparado una nueva trama que sería recogida en su siguiente novela. Más adelante y en el mismo prólogo se desentraña lo medular de las historias que asoman en su narrativa, en este caso referido a la novela prologada, pero que puede extenderse a todo lo que publicó Alegría:

Nací en una hacienda, crecí en otra –ambas pertenecientes a la provincia de Huamachuco, en los Andes del norte del Perú–, y desde niño hube de andar largos caminos para ir a la escuela y al colegio, situados en la ciudad andina de Cajabamba y en la costera de Trujillo. Así me llené los ojos de panoramas y conocí al pueblo de mi patria.

Mujeres de la raza milenaria me acunaron en sus brazos y ayudaron a andar; con niños indios jugué de pequeño; siendo mayor alterné con peones indios y cholos en las faenas agrarias y los rodeos. En brazos de una muchacha trigueña me alboreó el amor como una amanecida quechua. Y en la áspera tierra de surcos abiertos bajo mis pies y retadoras montañas alzadas frente a mi frente, aprendí la afirmativa ley del hombre andino.

Supe también de su dolor. Mi padre administraba la hacienda Marcabal Grande con ánimo justiciero. Él tenía características hispánicas y esa aptitud para rebelarse en ideas y hechos contrabalancea la aptitud para la opresión que también distingue a la raza. En mi madre

se combinaban el lirismo irlandés con la ternura nativa. El resultado fue que en Marcabal comenzó a resquebrajarse el feudalismo de la región (1973, p. 17).

Es interesante, de acuerdo a este prólogo, la reivindicación de una posible coexistencia armónica entre los sectores que conforman el hábitat andino, separados por circunstancias históricas, étnicas y de costumbres, pero con la eventualidad del respeto. Como también ocurre con Arguedas y otros autores indigenistas, no se trata de exaltar la condición del habitante local exento de una convivencia con otras culturas invasoras en un devenir histórico donde no puede volverse atrás. Queda claro que el único camino posible es un mestizaje donde la justicia social garantice la felicidad.

Luego del gran éxito de *El mundo es ancho y ajeno*, siguieron para Ciro Alegría la estadía en Estados Unidos, el divorcio de su primera esposa con quien había tenido dos hijos y un nuevo matrimonio en Puerto Rico que no duraría. Luego vendría la estadía en Cuba donde se casó con Dora Varona —de este matrimonio nacieron cuatro hijos— y el retorno al Perú en la segunda mitad de la década del cincuenta. En sus últimos años mantuvo una agenda cargada de actividades, padeció quebrantos de salud que no le quitaron el hábito de fumador contumaz y sostuvo una constante inquietud política que lo llevaría a adherirse a Acción Popular en su país.

Perteneciente a un siglo que debatió ideologías en la búsqueda de respuestas que ordenaran el mundo mientras sucedían cambios dramáticos en lo filosófico, político y tecnológico, Ciro Alegría amalgamó la cultura peruana con propuestas nuevas. Su obra ofrece el reflejo de toda América desde ese corazón de la sierra norte: probó que para ser universal, más importante que la búsqueda comunicacional como objetivo, es hablar desde la honestidad de un lenguaje propio que exprese el sentir entrañable de todo habitante en cualquier parte del planeta. “Pinta tu aldea y serás universal” dice la frase atribuida a León Tolstoi, y en Ciro Alegría esta máxima es constatable cuando medimos el alcance de su literatura.

Durante las tres jornadas del congreso en Lima, el contexto académico y afectivo acompañó la atención concitada por uno de los escritores más importantes del continente. Su obra permanece como testimonio de una visión ética frente al complejo devenir americano y a la espera de nuevas generaciones que la reencuentren.



## Bibliografía

ACTAS DEL CONGRESO INTERNACIONAL *Un mundo ancho pero ajeno: 50 años de la desaparición de Ciro Alegría*. Edición de Gladys Flores Heredia. Lima: Cátedra Vallejo, 2017.

ALEGRÍA, Ciro. *La serpiente de oro*. Buenos Aires: Losada, 1974.

\_\_\_\_\_. *Los perros hambrientos*. Quito: Libresa, 2005.

\_\_\_\_\_. *El mundo es ancho y ajeno*. Buenos Aires: Losada. 1973.

CUADERNOS AMERICANOS, año III, vol. VIII, n.º 6. México, noviembre-diciembre, 1944.